DOMINGO XXIX

Tiempo Ordinario (A)

Is 45, 1. 4-6
Sal 95
1 Tes 1, 1-5b
Mt 22, 15-21

El principio de la justicia consiste en dar a cada uno lo que le corresponde. A la pregunta malintencionada que formulan los discípulos de los fariseos, Jesús responde: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22, 21). Jesús eleva la pregunta de sus contrincantes a un plano superior, no se deja atrapar, lo lleva a un nivel noble. ¿Cuántas veces nos torturamos buscando respuesta a preguntas que han sido mal formuladas? De la respuesta de Jesús surge otra pregunta "¿qué es de quién?"

La primera lectura del libro de Isaías intenta hacernos entender que el ámbito de Dios y sus planes superan todo límite humano. Ciro era un gobernador extranjero, ajeno a los planes de Dios y, sin quererlo, entra en la historia de la salvación con la liberación del Pueblo de Israel. Demostrando así que los designios de la historia no están en manos de quienes nos gobiernan y cuya vida o poder es tan caduco como nuestra existencia terrena.

Esta no es una llamada a la rebelión, como intentaron provocar los contrincantes de Jesús. Cumplir nuestras obligaciones con las autoridades civiles es un deber cristiano, siempre que no vayan contra la conciencia moral ni las enseñanzas del Evangelio. Sin embargo, hay algo que no podemos olvidar: si la moneda lleva grabada la imagen del César, nosotros llevamos impresa la imagen de Dios, pues hemos sido creados por Él y para Él. Este es el discernimiento que hemos de realizar.

Dar a Dios lo que es de Dios significa mucho más que cumplir unas normas o reservarle un espacio en nuestra vida. Significa reconocer que nuestra existencia es un don suyo y responder con una entrega generosa, poniendo nuestros talentos, nuestro tiempo y nuestros bienes al servicio del bien común. No podemos separar nuestra fe de la manera en que vivimos, amamos y nos preocupamos por los demás. La pregunta que nos plantea el Evangelio es, en definitiva, qué le estamos entregando a Dios y si nuestra vida refleja verdaderamente su imagen.

Al celebrar este centenario de la coronación canónica de la Virgen de las Angustias, la contemplamos a ella como ejemplo de esta entrega. Contemplamos a una Madre que puso toda su vida en manos de Dios y permaneció fiel incluso en el dolor, junto a la cruz de su Hijo. Su corona nos

habla del amor de sus hijos, pero también nos recuerda que la verdadera grandeza está en la fidelidad, la humildad y el servicio. Mirando a María, aprendemos que dar a Dios lo que es suyo es entregarle el corazón y dejar que su amor transforme nuestra vida.

Vera hoy, a través de la televisión, ofrece a toda Andalucía un tesoro que ha custodiado durante siglos, su devoción por María. Tesoro que ha alimentado la fe de un pueblo que generación tras generación ha acudido a la ermita de la Virgen. La devoción secular de la Virgen de las Angustias nos muestra cómo la fe se transmite a través de la tradición y se vive en la entrega que nos abre también a la misión. En la jornada del DOMUND recordamos que la fe no es algo que podamos guardar solo para nosotros: el don recibido está llamado a compartirse en la entrega cotidiana.

Que la Virgen de las Angustias nos ayude a reconocer la imagen de Dios en nosotros y en cada persona, y que, respondiendo con generosidad a su amor, sepamos darle lo que verdaderamente le pertenece: nuestra vida, nuestro corazón y todo aquello que somos capaces de ofrecer para que su Evangelio llegue a todos.